

Artículos / Debates

¿Qué hacer con las historias latinoamericanas del siglo XIX?

(A la memoria del historiador
Germán Colmenares)

*What do we do with Latin American
Histories of the XIXth Century?
(In the Memory of Germán Colmenares)*

SERGIO ANDRÉS MEJÍA MACÍA*

Universidad de los Andes

Bogotá, Colombia

* smejia@uniandes.edu.co

Recepción: 31 de octubre de 2006. Aprobación: 27 de abril de 2007

RESUMEN

[426] En el presente artículo se discute el estudio renovado de las historias latinoamericanas del siglo XIX como parte de un proyecto colectivo de historia cultural de Colombia y América Latina. Se propone una solución a los equívocos de terminología que persisten para referirse a estas obras. Se ofrece una respuesta a las tesis de Germán Colmenares en *Convenciones contra la cultura*, el mejor ensayo sobre el tema. En secciones sucesivas se discuten las relaciones de la historiografía latinoamericana del siglo XIX con las culturas escritas, nacionalidades y tradiciones de la cultura escrita en los países de la región, con énfasis en Colombia, Venezuela, Argentina, Chile y México.

Palabras clave: historiografía latinoamericana del siglo XIX, historia cultural, Nueva Historia, Germán Colmenares, historiografía.

ABSTRACT

*We propose nineteenth-century Latin American histories as the core theme of a reinvigorated cultural history of Colombia and Latin America at large. Past the introduction of our argument, we discuss the terminological ambiguities that persist in the region in relation to nineteenth-century histories, and we propose a settlement. We proceed to a dialogue with Germán Colmenares' arguments as forwarded in *Convenciones contra la Cultura*, probably the best essay dealing with the subject. Then we discuss the present stand of these traditional histories in relation to the written culture, national discourses and historiographies of Latin America, with emphasis on Colombia, Venezuela, Argentina, Chile and Mexico.*

Keywords: *Nineteenth-century Latin American Historiography, Cultural History, Nueva Historia, Germán Colmenares, Historiography.*

Introducción

LA *HISTORIA ECLESIASTICA y civil de Nueva Granada* (1869-71), de José Manuel Groot (Bogotá, 1800-1878), recoge en dos mil páginas aventuras de obispos, encomenderos, oidores, frailes y liberales. Entre sus fuentes se cuentan las relaciones de los virreyes, la biblioteca colonial neogranadina y legajos de archivos capitalinos, algunos perdidos. Más que en ellos, Groot halló solaz en oscuros folletos teológicos, manuscritos conventuales y pastorales coloniales. Groot sostuvo que la Conquista fue evangélica, que Bolívar libertó con su espada a la República de Colombia y que la edad del mundo frisaba los 6.400 años. No describo un *best seller* de nuestros días, nada más lejano de un *Domingo de Bouvines*. Sin embargo, a pesar de sus peculiaridades y nociones de otro tiempo, o justamente por estas razones, el estudio de la obra de Groot nos abre nuevas perspectivas. En la vida del autor se divisa la corte virreinal de Santa Fe y su clausura por obra de la revolución. En las páginas de la obra se descubre el sentido social de las polémicas religiosas neogranadinas del siglo XIX. En sus excentricidades, la mentalidad tradicionalista colombiana. Su atenta lectura arroja nueva luz sobre los fines, las formas, los silencios y los alcances del historicismo. En suma, el estudio sistemático de la *Historia eclesiástica y civil* puede ofrecernos una perspectiva inédita sobre el siglo XIX colombiano, su política, su cultura, su sociedad, así como nociones reveladoras sobre la escritura de la historia. El propósito de este artículo es demostrarlo en relación con la historiografía latinoamericana del siglo XIX.

[427]

Discutiré varias razones para estudiar nuestras frecuentemente censurables historias decimonónicas. Adelanto una que será aceptada sin dificultad por quienes hoy escriben y enseñan historia en América Latina. En la mentalidad de la mayor parte de los latinoamericanos, la presencia de la *vieja* historia continúa siendo abrumadoramente mayor que la de la *nueva*.¹ Desde la escuela hasta la tertulia se habla más de la cabellera

1. Cuando en este artículo se recurre a la oposición entre *vieja* y *nueva* historia, se hace referencia, en el primer caso, a la historiografía colombiana (y latinoamericana) del siglo XIX y en el segundo a la producción histórica de los últimos cuarenta años, una de cuyas obras colectivas principales llevó por título justamente el de *Nueva historia de Colombia*, dirs. Álvaro Tirado Mejía y Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Planeta, 1989) 12 vols. Existen numerosos comentarios sobre la nueva historia en tanto que escuela, si bien ella aún no ha sido objeto de ningún estudio sistemático. Entre los comentarios aludidos, ninguno es más significativo que el escrito por Jaime Jaramillo Uribe como

[428]

de la Malinche y del caballo de Bolívar que de la encomienda, el teatro, los ferrocarriles o el café. Tan sólo los departamentos universitarios de historia han erradicado el género épico y la meticulosa investigación de gestas y hazañas. Entre sus vecinos de derecho, medicina o ciencias puras se recuerdan las lecciones escolares y es común que interpielen a los *nuevos historiadores* en estos términos. En cuanto al público lector, su demanda de historias crece, pero las quiere narradas en pasado simple, pobladas por héroes y villanos y dispuestas en estricto orden cronológico. Es decir, las quiere *viejas*.²

Un caso simple servirá para ilustrar mi propuesta de investigación en historia de la historia. Un título en esta línea de investigación podría ser *La historia de la Revolución de Colombia de José Manuel Restrepo*, que cabe describir así (las cursivas son mías y se explican en el párrafo siguiente):

Tras una breve introducción sobre Restrepo y su *tiempo*, se explora la *cultura histórica* en Nueva Granada durante los últimos años coloniales y la revolución. En el segundo capítulo se discute la crítica de Restrepo a la Primera República (1810-1816) como el fundamento de un *discurso nacional* puesto al servicio del *régimen de Santander* y el *proyecto de Bolívar*. El tercero es un estudio político de la obra como voz coherente del *partido de los Libertadores*, elevada contra la Iglesia y la elite santafereña. En el cuarto capítulo se analiza el tratamiento de Bolívar en la obra: más que ser un personaje, su nombre opera como una categoría retórica que da a la obra ilación narrativa y autoridad política. En el quinto capítulo se estudia la edición definitiva de la *Historia de la Revolución*, de 1858, como lección tardía a la república del Medio Siglo. La conclusión es un ensayo sobre el *pensamiento histórico* de Restrepo, su significado en la *tradición nacional* y en la *historiografía general del siglo XIX*.³

“Introducción” a la primera edición del *Manual de historia de Colombia*, vol. 1 (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978) 17-29.

2. Otra cosa ha sucedido con la cultura literaria, la cual ha sido renovada desde la década de 1940 en lo que algunos empresarios editoriales y críticos llamaron el *boom* latinoamericano. En Colombia, desde que la serie de publicaciones de García Márquez ha disminuido en intensidad, una nueva generación de escritores ha captado la atención de los lectores y sus obras empiezan a venderse masivamente.
3. Presentación del libro de Sergio Mejía, *La Revolución en letras: la historia de la revolución de José Manuel Restrepo (1781-1863)* (Bogotá: Universidad de los Andes/ EAFIT, 2007) en prensa.

Aquí se ve cómo la *vieja* historia puede dar lugar a argumentos *nuevos*. El *tiempo de Restrepo* es el de la revolución y guerra de independencia, periodo aplazado en algunas de las nuevas historias de la región y revitalizado desde afuera por François Xavier Guerra. La *cultura histórica* del periodo es capítulo ausente en los estudios sobre la Ilustración en América.⁴ Los discursos nacionales son tema de Hans-Joachim König.⁵ El régimen de Santander, expresión de David Bushnell, invita a otras, como “el proyecto de Bolívar”, “el partido de los Libertadores” o “los historiadores unitarios de Buenos Aires”. Carrera Damas estudió el culto a Bolívar y las funciones que ha cumplido en la cultura venezolana.⁶ En fin, *el pensamiento histórico*, las *tradiciones culturales nacionales* y la *historiografía del siglo XIX* son temas de historia cultural de América Latina que requieren de mayor investigación.⁷

[429]

4. i. e. Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808: una comunidad de interpretación* (Medellín: Banco de la República/ EAFIT, 2002).
5. Inge Buisson, Günter Kahle, Hans-Joachim König y Horst Pietschmann, eds., *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica* (Bonn: Inter Naciones, 1984).
6. Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela* (Caracas: Instituto de Antropología e Historia/ Universidad Central de Venezuela, 1969).
7. Sobre historiografía latinoamericana, véanse los trabajos bibliográficos del norteamericano A. Curtis Wilgus, *Histories and Historians of Hispanic America* (Nueva York: The H. W. Wilson Publishing, 1942); y “The Histories of Hispanic America: a Bibliographical Essay”, *Bibliographic Series* 9 (Washington, 1932). Las publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanistas de Sevilla, *Historiografía y bibliografía americanistas* (Sevilla, 1954); y la *Bibliografía básica sobre historia de América*, coord. Francisco Morales Padrón (Sevilla: s. n., 1975). De Edberto Óscar Acevedo, *Manual de historiografía hispanoamericana contemporánea* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1992). La serie *Historiografías*, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, publicada en México en la década de 1960, con tomos sobre Brasil, Paraguay, Cuba, Ecuador y Haití, entre otros. Los artículos publicados entre 1940 y 1990 en la *Revista de Historia de América*, en México. La separata de 1949 de la *Revista Atenea*, de la Universidad de Concepción, titulada *Historiografía chilena*, con trabajos de Guillermo C. Cruz, Francisco A. Encina, Julio C. Jobet y otros. Los trabajos de Germán Carrera Damas en Venezuela; de Germán Colmenares y Jorge Orlando Melo en Colombia; de los argentinos Tulio Halperin Donghi, Fernando Devoto, Nora Pagano, D. Quattrocchi-Woisson, A. Cattaruzza y A. Caponetto; del cubano José Manuel Pérez Cabrera; del brasileño José Honório Rodrigues; del guatemalteco Ernesto Chinchilla; del ecuatoriano

[430]

Discutiré cómo la historia es componente infaltable de todo lo que acepta el adjetivo *nacional*, desde el sentimiento hasta las letras, desde la soberanía hasta una parte de la identidad. Sostendré que la historiografía latinoamericana del siglo XIX constituye el tronco principal de la cultura en todas las repúblicas de la región y que no ha sido reemplazada por un cuerpo interpretativo de divulgación comparable. Para referirse a las *viejas* historias se utilizan términos diversos. En la siguiente sección se discutirán con el fin de proponer uno que sirva para asentar sobre bases más firmes el estudio renovado de la historiografía latinoamericana del siglo XIX.

¿Historias clásicas, patrias, tradicionales o simplemente historias del siglo XIX?

A las obras históricas del siglo XIX que narran la revolución, la guerra y la fundación de las repúblicas hispanoamericanas, se les reconocen características comunes y es frecuente referirse a ellas en conjunto. Sin embargo, no existe una expresión comúnmente aceptada que las designe. La razón es simple: en cada país se ha cultivado la historia de su historiografía con enfoques, sentimientos y resultados diversos. En algunos se han producido historias generales de su historiografía; en los más, ensayos críticos; en algunos tan sólo comentarios de obras particulares o biografías de historiadores. Circulan, pues, múltiples expresiones para referirse a las historias hispano y luso-americanas publicadas, digamos, entre 1813 y 1906, desde la *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*, de Servando Teresa de Mier,⁸ hasta la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.⁹

Isaac Barrera; del español Francisco Morales Padrón. Entre los trabajos más recientes, ver: Fabio Wasserman, “Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata: 1830-1860”. tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2004. En cuanto a historias propiamente dichas sobre obras históricas, véanse los trabajos del autor de este artículo: *La Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, de José Manuel Groot: 1800-1878*, en proceso de publicación; y “La Historia de la Revolución de Colombia, de José Manuel Restrepo: 1781-1863” (originalmente en inglés), tesis de doctorado, Universidad de Warwick, 2004, también en proceso de publicación.

8. Fray José Servando Teresa de Mier Noguera y Guerra, *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, 1ª ed. en inglés 1813 (París: Universidad de la Sorbona, 1990).
9. Diego Barros Arana, *Historia general de Chile* (Santiago de Chile: R. Jover, 1884-1902).

En numerosos países latinoamericanos persisten debates específicos que han retardado la polarización entre *viejas* y *nuevas* historias. En Centroamérica, el origen de las nacionalidades estuvo signado por el prurito secesionista desde la antigua Audiencia de Guatemala y por el rechazo del expansionismo mexicano.¹⁰ En la Cuba anterior a 1959 fue “cuestión palpitante” cuánto se debía a Estados Unidos por la independencia de 1898, sobre todo porque los *buenos* vecinos estaban cobrando con intereses.¹¹ En Panamá y Puerto Rico fue necesario justificar la anexión norteamericana *de facto* y *de jure* respectivamente.¹² En estos países, la división entre *vieja* y *nueva* historia es secundaria y por lo general no se ha expresado como una pugna entre escuelas (con la excepción obvia de Cuba desde 1959).

[431]

México, el país de la región en que más se cultivó el género durante el siglo XIX, no cuenta con una historia general de su historiografía; en su lugar dispone de trabajos enciclopédicos sobre periodos específicos y un vocabulario establecido para referirse a una tradición especialmente rica.¹³ La historiografía prehispánica constituye las *antigüedades mexicanas*; la producción colonial se conoce como *historiografía de la Nueva España*; a ella sucede, en el siglo XIX, la *historiografía del México independiente*, que incluye obras de Mier, Bustamante, Mora y Alamán, entre otros. En 1952,

-
10. Ernesto Chinchilla Aguilar, *Alejandro Marure: historiador de la Independencia de Guatemala* (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1966); Ligia Cavallini, “La Independencia de Costa Rica”, *Estudios de historiografía americana* (México: El Colegio de México, 1948) 263-294.
 11. Ricardo Becerra, *Cuestión palpitante: un poco de historia a propósito de la Independencia de Cuba y Puerto Rico y la doctrina Monroe* (Caracas: Tipografía Moderna, 1898); Emilio Roig Leuchsenring, *Cuba no debe su Independencia a los Estados Unidos* (La Habana: La Tertulia, 1950).
 12. Juan Bautista Soto, *Causas y consecuencias: antecedentes diplomáticos y efectos de la guerra hispanoamericana* (San Juan de Puerto Rico: La Correspondencia de Puerto Rico, 1922).
 13. Félix Escobar Peñalosa, “Breve esquema de la historiografía mexicana”, *Anuario de Historia* años 6-7 (México, 1966-1967): 103 y ss. Dos décadas antes dieron fruto las lecciones de Ramón Iglesia y Silvio Zavala en El Colegio de México: el primero coordinó *Estudios de historiografía de la Nueva España* (México: El Colegio de México, 1945), sobre el periodo colonial; el segundo *Estudios de historiografía americana* (México: El Colegio de México, 1948), sobre historiadores del siglo XIX. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort se concentraron en el periodo subsiguiente en *Historiadores de México en el siglo XX* (México, FCE, 1995).

Daniel Cosío Villegas acuñaba una expresión que muestra aún más la solidez de la tradición mexicana: la *nueva historiografía política del México moderno* recoge las obras producidas entre el porfiriato y 1950.¹⁴

[432]

La expresión *literatura histórica* es común en Chile desde la publicación del primer tomo de la *Historia general* de Diego Barros Arana, en 1884 (Andrés Bello la utilizaba desde 1840).¹⁵ En 1949, la expresión recobraba vigor en el “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, de Francisco Antonio Encina.¹⁶ Subsiste en Chile, como en Argentina, cierta reverencia que reserva para las mejores historias del siglo XIX el epíteto de *clásicas* y una tradición de historias coloniales que, como en México y por contraste, ha dado vigencia a la expresión *historiografía de Chile independiente*.¹⁷ Con todo, la expresión más común es *literatura histórica*, y no se separan las obras producidas en el siglo XIX de las del XX. Se utiliza el adjetivo *moderno* para referirse a historiadores posteriores a Alberto Edwards (1874-1932), considerado un revisionista, y el adjetivo *tradicional* para los anteriores. Sobre estos últimos sigue siendo frecuente la ponderación positiva, como que “fueron parte del gran movimiento de renovación cultural” o, sobre la *Historia general* de Barros Arana, que “en ella se encuentra la columna vertebral del pasado chileno”.¹⁸ Una posible explicación del buen recibo de Amunátegui, Vicuña Mackenna y Barros Arana es que desarrollaron ca-

-
14. Daniel Cosío Villegas, *La nueva historiografía política del México moderno* (México, El Colegio Nacional, 1966). En 1961, Robert Potash publicó una “Historiografía del México independiente”, con un silencio elocuente sobre las obras del siglo XIX.
 15. Barros Arana, *Historia*, “Prólogo”, vol. 1, I.
 16. Francisco Antonio Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, *Revista Atenea* 291-292, año 26 (Concepción, sep.-oct. 1949): 27-68; su *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891* fue publicada en 20 volúmenes en Santiago, 1940-1952.
 17. Recuérdese que la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana no es únicamente un recuento de la independencia chilena sino desde “la remota existencia del hombre en el suelo americano”. Cfr. Barros Arana, *Historia*, vol. 1, 3. Benjamín Vicuña Mackenna, Manuel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria y José Toribio Medina, para mencionar sólo a los principales, también investigaron o ensayaron sobre la historia colonial chilena.
 18. Sergio Villalobos, “Introducción para una nueva historia”, *Historia del pueblo chileno* (Santiago de Chile: Instituto de Estudios Humanísticos, 1980); sección “Los historiadores clásicos”, 16-24.

rreras docentes en la Universidad de Chile, institución que ha conservado su espíritu de cuerpo como baluarte de la tradición liberal en un sistema político conservador.¹⁹ Contra el desarrollo de la *nueva historia* chilena han militado la censura y el exilio. La primera se percibe en Sergio Villalobos, quien, en 1980, proponía con extrema prudencia una nueva historia (ver nota 17). El exilio explica que la *Nueva historia de Chile* haya sido una revista publicada durante años por fuera del país.²⁰

En Brasil, Haití, Paraguay, Cuba, Ecuador, Argentina y Venezuela existen extensas historias de la historiografía. La mayor parte son compilaciones de decenas o centenares de comentarios breves, más o menos críticos, sobre historias o historiadores. El modelo de estas obras es la *Historia de la historiografía moderna* de Edward Fueter.²¹ Me concentraré en Argentina y Venezuela. La *Historia crítica de la historiografía argentina* de Rómulo Carbia²² se inspira tanto en el modelo de Fueter como en las lecciones metodológicas de Langlois y Seignobos. Carbia ve en las obras de Bartolomé Mitre la realización perfecta del método histórico, razón por la cual en Argentina se reserva la expresión *historias clásicas* para sus dos obras principales.²³

[433]

19. Una discusión muy completa sobre el cultivo de la historia en la Universidad de Chile desde su fundación en: Guillermo Feliú Cruz, "Andrés Bello y la historiografía chilena", *Mapocho* 12.3, tomo 4 (Santiago de Chile, 1965): 231-263; edición especial dedicada a Andrés Bello.
20. Asociación de Historiadores Chilenos, *Revista Nueva Historia*, 2 vols., 17 números (Londres, número 1: may. 1981; número 17: 1988-1989), University of London, Institute of Latin American Studies.
21. Edward Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, 1ª ed. en alemán 1911 (Buenos Aires: Nova, 1953).
22. Rómulo Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina: desde sus orígenes en el siglo XVI* (Buenos Aires: Imprenta y Casa Editorial Coni, 1940).
23. Las dos obras de Bartolomé Mitre son: *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, 3 vols., 3ª ed. (Buenos Aires: Ediciones Félix Lajouane, 1876) 500 ejemplares (ediciones parciales de 1857 y 1858); e *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 4 vols., 2ª ed. (Buenos Aires: Ediciones Félix Lajouane, 1890) 500 ejemplares; edición anterior en 1887. Como *historias clásicas* se les suma la obra de Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, 10 vols. (Buenos Aires: Roldán, 1916). Existe una versión parcial titulada *La Revolución argentina: su origen, sus guerras y su desarrollo político hasta 1830*, 4 vols. (Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1881).

[434]

Más modernos fueron los trabajos de Germán Carrera Damas, “Los estudios históricos en Venezuela”²⁴ y “Para una caracterización de la historiografía venezolana actual”.²⁵ Carrera recurre a diversas expresiones para referirse a las historias venezolanas escritas en el siglo XIX, entre ellas: *historiografía de la emancipación*, *historiografía republicana*, *historia tradicional*, *historia oficial* e *historia patria*. A esta última la asocia con los contenidos oficiales del sistema educativo venezolano.²⁶ Al concepto de *historia oficial* lo asocia con el poder público ejercido a través de la Academia Nacional de la Historia y la Sociedad Bolivariana.²⁷ En su introducción de 1961, Carrera llamaba a estudiar la historiografía venezolana en su continuidad entre los siglos XIX y XX. En 1964, constataba la existencia de nuevos historiadores y, al discutir las tareas que enfrentaba esta generación, recomendaba “comprender la utilidad representada por la *historiografía tradicional*”.

Carrera Damas firmó “Para una caracterización...” en la Universidad de Cambridge, en enero-marzo de 1979. Allí mismo, entre 1985 y 1986, Germán Colmenares escribió el ensayo *Convenciones contra la cultura*.²⁸ Colmenares adoptó en este ensayo la expresión *historias patrias*, que desde entonces es de uso común entre los *nuevos historiadores* colombianos. Sin embargo, ella dista mucho de ser generalmente aceptada. Los miembros de la Academia Colombiana de Historia disienten con Colmenares. En un manifiesto de escuela publicado en 2001 por el Académico Secretario, Roberto Velandia,²⁹ se sostiene que la primera *historia patria* colombiana fue el *Compendio de*

-
24. Germán Carrera Damas, “Los estudios históricos en Venezuela”, *Cuestiones de historiografía venezolana* (Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Ediciones de la Biblioteca, 1964) 17-62.
 25. Germán Carrera Damas, “Para una caracterización de la historiografía venezolana actual”, *Historia de la historiografía venezolana: textos para su estudio*, 3 vols. (Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Ediciones de la Biblioteca, 1996). La introducción a la primera edición, de 1961, se titulaba “Sobre la historiografía venezolana”.
 26. Carrera, “Para una caracterización...” 9.
 27. Carrera, “Para una caracterización...” 38.
 28. Germán Colmenares, *Convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1989).
 29. Roberto Velandia, *Un siglo de historiografía colombiana: cien años de la Academia Colombiana de Historia* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2001).

la historia de Colombia de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla.³⁰ Esta afirmación se comprende si se recuerda que para Velandia la edad de oro de la historiografía colombiana va de 1902 a 1950, cerrado el ciclo de las historias del siglo XIX, para las que sorprendentemente no disponen de una expresión nominativa.³¹

Colmenares explica que en 1985 el colonialista norteamericano Woodrow Borah comentaba durante una entrevista que las historias latinoamericanas del siglo XIX no eran más que “una serie de historias patrias”. Colmenares puntualiza que se refería a la ausencia de una disciplina entre los autores de aquellas obras.³² Seguramente Borah no aspiraba al rigor cuando utilizó esta expresión coloquial, pues no cabe hablar del ejercicio académico de la historia durante la primera mitad del siglo XIX en ningún lugar. Ranke estudió filología clásica y teología en Leipzig y “las pocas conferencias históricas que oyó le repugnaron por su falta de reflexión y de comprensión”.³³ Gooch escribe de Niebuhr que “debió a una serie de acontecimientos externos su transformación en historiador” y que “debió muy poco o nada a sus precursores”.³⁴ Graduado en filosofía y derecho, Niebuhr comenzó sus investigaciones en las horas libres que le dejaba su cargo como secretario del ministro de Hacienda danés. En 1810, en Berlín, dictó sus primeras conferencias ante un público general. Borah pudo decir que no le gustaban las

[435]

-
30. Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Compendio de la historia de Colombia para la enseñanza en las escuelas primarias de la República* (Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1911), con ilustraciones; en 1963 alcanzaba su trigésimo-primer edición; la última, de 1984, estuvo a cargo de la Academia Colombiana de Historia.
31. Cfr. Velandia 311 y 354. En la p. 15, Velandia incluye un párrafo difícil: “Desde luego tampoco vamos a desconocer a otros historiadores, independientes, militantes de otras doctrinas, enfilados en campamento aparte, que le han dado a la historia colombiana una interpretación materialista (...) quienes han querido despojarla de lo más bello que tiene nuestra historia: idealismo, heroísmo, sentimiento de patria y nacionalidad. De ellos son representativos Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Álvaro Tirado Mejía, Rafael Gutiérrez Girardot, Hermes Tovar”.
32. Cfr., Colmenares, *Convenciones* 15. “La entrevista a Borah”, *Hispanic American Historical Review* 65 (1985): 433.
33. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, 1ª ed. en inglés 1913 (México: FCE, 1942) 83.
34. Cfr., Gooch 22 y 25.

[436]



FIGURA 1
Montaje de fotografías tomadas por el autor.

historias latinoamericanas del siglo XIX, pero no tiene sentido decir que denotan la ausencia de una disciplina académica.

Servando Teresa de Mier no duda de que la suya sea una verdadera historia y aclara que “desde el libro IX más debiera llamarse un ensayo (...) y el libro XIII no es sino un extracto de las Gazetas que tengo de México de los años 1811 y 1812”.³⁵ José Manuel Restrepo imaginó una “historia general de la revolución del continente americano”, que escribiría un historiador filósofo, y concibió la suya como “la historia particular de la revolución de Colombia”.³⁶ Bartolomé Mitre afirma haberse “penetrado del verdadero espíritu de los hombres y del valor de las cosas de la época historiadada” (prólogo a la edición de 1886 de la *Historia de Belgrano*) y, en el buen tono porteño del elogio propio, agrega que de su libro “se desprende espíritu filosófico”. Diego Barros Arana terminó el prólogo a su *Historia general de Chile* con

35. Mier, prólogo a *Historia* XI-XIII.

36. Introducción a la edición de 1858 de la *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional* (Besanzon: Imprenta de José Jacquin, 1858) XI.

la convicción de que la “historia narrativa tendrá en los años venideros menos adeptos” y el pronóstico de que antes de mucho su historia “será reemplazada por obras de un mérito más duradero”.³⁷ José Toribio Medina no tardó en estar de acuerdo, aunque nunca escribió su propia historia general, y el mexicano Joaquín García Icazbalceta sostenía que su labor era “disipar errores” de historiadores anteriores.³⁸

En suma, ¿historias clásicas, patrias, tradicionales o simplemente historias latinoamericanas del siglo XIX? El problema no es sólo de términos sino de escala. La producción a la que nos referimos cubre un siglo y al menos veinte tradiciones nacionales. La menor, no la mayor parte de estas obras, corresponde al modelo que fustigan sus críticos recientes, el de las historias políticas y militares de las revoluciones de independencia. Obras de este tipo inauguraron la historiografía en Colombia y México, pero fueron tardías en Chile y Argentina. El siglo también vio la publicación de descripciones de monumentos prehispánicos, historias de la literatura, de la ciencia, de la Iglesia, de las constituciones y del clima. En sus últimas décadas, los mayores eruditos que ha dado la región publicaron catálogos, bibliografías y colecciones documentales; hombres como Medina y García Icazbalceta o la dupla de Blanco y Azpurúa en Venezuela. Autodidactas como Lastarria y Bello, Mitre y Vicente Fidel López debatieron si la historia debía ser filosófica o literaria. Barros Arana fue consciente del conflicto entre la historia narrativa y la analítica e intuyó la crisis del historicismo. Juan Pablo Restrepo escribió una historia analítica de la Iglesia neogranadina. Gabriel René Moreno dedicó su vida a hacer polvo los mitos nacionales de su propio país y de los vecinos. Ezequiel Uricoechea publicó su *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* ante la Academia de Ciencias de Berlín. Rafael María Baralt y Feliciano Montenegro comprendieron la relación entre geografía e historia. José Manuel Restrepo resolvió por su cuenta, sin modelos, cómo escribir la historia de la revolución de su país.

¿Cabe llamar a todo esto historias patrias, según la ocurrencia de Woodrow Borah? La expresión historiografía latinoamericana del siglo XIX es engorrosa, pero preferible. Antes de discutir las historias latinoamericanas del siglo XIX en términos de cultura y nacionalidad, intentaré responder

[437]

37. Barros Arana X y XVI.

38. Joaquín García Icazbalceta, *Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México: estudio biográfico y bibliográfico* (México: Andrade y Morales, 1881).

al mejor ensayo disponible sobre el tema: *Convenciones contra la cultura*, de Germán Colmenares. Aspiro a contribuir a su pregunta: ¿qué hacer con las historias del siglo XIX?

¿Convenciones contra la cultura o sencillamente cultura?

[438]

En 1985, Germán Colmenares pudo decirse a sí mismo: aprendí a cuantificar el pasado, conozco a los teóricos de la sociedad, leí en los archivos como nunca se había leído en Colombia y logré con algunos colegas revolucionar la historia en mi país. Ahora dedico mis esfuerzos a comprender qué hacer hoy con las *historias patrias* latinoamericanas. Colmenares redactó su respuesta en la abundancia de las bibliotecas de Cambridge. Esta obra breve y compacta fue el último trabajo de su vida.³⁹

Convenciones contra la cultura es la discusión más provechosa sobre la historiografía latinoamericana del siglo XIX por dos razones: primero, porque escapa a los límites nacionales que han encerrado tanto a la vieja como a la nueva historia en todos los países de la región; en ella se discuten historias mexicanas, bolivianas, argentinas, chilenas, venezolanas, ecuatorianas y colombianas. Segundo, porque va más allá de las discusiones frecuentes sobre cómo y para qué debe escribirse historia. Como toda discusión verdaderamente trascendental sobre la ciencia, el arte o la historia, en *Convenciones* se discute el significado de un saber fuera de los claustros especializados: el ensayo se resuelve en términos de cultura y sociedad. Por otra parte, en sus páginas se percibe la tensión entre la *nueva* y la *vieja* historia latinoamericana.

Los ensayos que componen la obra cobran unidad porque contribuyen a una idea directriz: los historiadores latinoamericanos del XIX se valieron de *convenciones* historiográficas europeas con las que suplieron su incapacidad de representar, en lenguaje propio y rico, la historia y configuración de sus propias sociedades.⁴⁰ La adopción de modelos ajenos es lo que Colmenares llama las *convenciones contra la cultura* de esta historiografía, si bien sus argumentaciones, en este sentido, son circunstanciales. Aduce la pobreza de la tradición literaria de la región en el siglo XIX y de otros géneros que sirvieron

39. Colmenares había publicado “La Historia de la revolución de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, *La Independencia: ensayos de historia social* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986).

40. Sobre el concepto de *convención* puede verse de Raymond Williams, *El teatro de Ibsen a Brecht* (Barcelona: Península, 1975) 12-17.

a los historiadores europeos para dar forma y color a sus obras (i. e. la pintura histórica), y las dificultades seculares de la “figuración americana”.

En su introducción, Colmenares anuncia algunas “reflexiones teóricas” sobre el tema, para lo cual es necesario tomar como un todo las historias canónicas del siglo XIX latinoamericano y leerlas como un único texto. Se percibe el tono intelectual con que Colmenares emprendió su última investigación. Junto a las historias discutidas se cita a Northrop Frye, Clifford Geertz, Hayden White y Roland Barthes. Sólo en diálogo con estas lecturas se comprende la composición de un *meta-texto* con la biblioteca histórica latinoamericana del XIX. Sobra decir que el ejercicio *deconstructivo* y formalista de Colmenares es legítimo y esclarecedor en zonas oscuras. *Convenciones* es resultado de una investigación sostenida sobre un tema que había producido tan sólo el rechazo instintivo de los *nuevos historiadores*. Sin embargo, es con las diferencias (no la *difference*), con lo específico, que la historia hace sus mejores contribuciones. El meta-texto de las historias latinoamericanas del siglo XIX es una abstracción. En su lugar disponemos de diversas historias escritas, publicadas y leídas en contextos sociales específicos.⁴¹

[439]

Con todo, más que defender una preferencia de aproximación –estudio histórico en lugar de ensayo crítico–, es necesario responder a los dos argumentos centrales de Colmenares. En primer lugar, a su afirmación de que las historias latinoamericanas del siglo XIX, antes que cultura, constituyen convenciones en su contra. En segundo lugar, que sus autores se limitaron a adoptar modelos exóticos de interpretación. En cuanto a lo primero, las historias en cuestión son instancias específicas de cultura escrita. Imperfectas, insuficientes como obras de interpretación social e histórica, en su mayor parte racistas, elitistas, interesadas y, en casos extraordinarios, francamente maquiavélicas. Fueron, con raras excepciones, expresiones de un grupo social privilegiado. Con todo, ellas constituyeron la columna vertebral de la cultura escrita en todos los países de la región durante más de un siglo. Son, gústenos o no, parte sustantiva de nuestra historia cultural y su estudio tan imprescindible como el de la evolución estructural de nuestras sociedades nacionales o de sus ciclos económicos.

En cuanto al segundo argumento de Colmenares, el problema de la adopción, difusión o intercambio de modelos de interpretación entre re-

41. Sobre el significado de *específico* en historia puede verse de Paul Veyne, *Comment on Écrit l'Histoire* (París: Seuil, 1971).

[440]

giones del planeta es más complejo de lo que él se propuso discutirlo. No hace falta recordar que la historia, la escritura y el alfabeto mismo fueron *convenciones* gestadas en “Oriente”. Colmenares puntualiza que los modelos adoptados por los historiadores latinoamericanos del siglo XIX fueron los desarrollados por la Ilustración del siglo XVIII y el Romanticismo del XIX. Por supuesto que esto tiene un componente de verdad. Hay resonancias dieciochescas en José Manuel Restrepo, giros románticos en Juan Vicente González y la lógica estamental del Antiguo Régimen en Lucas Alamán. ¿Cómo podría ser de otra forma si estas ideas y sentimientos tuvieron su propia historia en América? Decir que provienen de Europa se parece al cuento de la cigüeña. La naturaleza y el significado de las historias compuestas desde México hasta Chile entre 1810 y 1910 sólo pueden comprenderse con la historia cultural. Un ejemplo es útil en este punto.⁴²

José Manuel Restrepo comprendió la necesidad de establecer la historia de las nuevas repúblicas como entidades políticas autónomas, poseedoras de una historia independiente del Imperio Español.⁴³ Al asumir su propio gobierno, los antiguos territorios coloniales adquirirían un lugar en la historia y por esta razón los eventos de la política y de la guerra debían ser escritos. Restrepo escribió su historia cuando la revolución estaba en marcha, antes que los historiadores de las otras repúblicas (con excepción de México^{44, 45}). Ni

42. Sergio Mejía, “La historia...”, ver la conclusión.

43. En cuanto a la historiografía imperial española y las crónicas del Descubrimiento y la Conquista, las mejores obras enciclopédicas y críticas son las escritas en lengua española: Rómulo Carbia, *La crónica oficial de las Indias Occidentales: estudio histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano América en los siglos XVI a XVIII* (Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires, 1940); Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana* (Madrid: Gredos, 1992); del ecuatoriano Jorge Cañizares Esguerra, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World* (Stanford: Universidad de Stanford, 2001).

44. Carlos María Bustamante (1774-1848), *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana de 1810* (Londres: Ackerman, 1827).

45. Rafael María Baralt y Ramón Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela* (París: H. Fournier, 1841); Barros Arana, *Historia*; Gonzalo Bulnes, *Últimas campañas de la Independencia del Perú: 1822-1826* (Santiago: Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897); Bustamante; Francisco Javier Mariátegui, *Anotaciones a la historia de Paz-Soldán* (Lima: Imprenta Nacional, 1869); Manuel de Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú* (Lima: J. Francisco Solís, 1874-1890); Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano e Historia*

en la primera entrega de 1827 ni en la publicación definitiva de 1858, Restrepo entró en polémicas con europeos, lo que sugiere que aunque conoció algunas de sus obras, no las consideró importantes ni influyentes. En la segunda edición tan sólo menciona la *Historia de la Revolución de Hispano-América*, de Mariano Torrente,⁴⁶ como fuente útil para la segunda parte de su obra. Tan sólo en la portada de la *Historia de la Revolución* se rinde tributo a Voltaire, con la transcripción de su conocido estribillo: “*Ne dites à la Postérité que Ce qui est Digne de la Postérité*”.⁴⁷ A pesar de las posibilidades retóricas que podrían derivarse de las revoluciones norteamericana y francesa, las referencias a ellas son oblicuas, por lo general negativas y, en el caso de Francia, nulas. Sobre los Estados Unidos, se encuentran cuando Restrepo descalifica a los federalistas neogranadinos, a quienes ve obnubilados por las instituciones del Norte. No hay ninguna mención a la Bastilla, el Directorio o los Jacobinos, y Napoleón sólo figura como el invasor de 1808.

[441]

En su *Autobiografía*, Restrepo incluyó una sección titulada “Noticias generales sobre los Estados Unidos” que termina con el siguiente comentario: “Debido a que el objeto de mi viaje era otro, no estudié los principios políticos [de ese país] con profundidad. Por lo tanto, me resulta imposible explicarlos apropiadamente”.⁴⁸ Su propósito, además de escapar a la Reconquista española, fue aprender los secretos de hilanderías, tintorerías y curtiembres. Mas no debe tomarse al pie de la letra su proclamada indiferencia con respecto al sistema político norteamericano.⁴⁹ Desde 1811, la Constitución de los Estados Unidos circuló entre los patriotas neogranadinos en traducción de Manuel de Pombo, quien incluyó un *Discurso preliminar* de 120 páginas que tuvo

de San Martín; Mariano Felipe Paz-Soldán, *Historia del Perú independiente: segundo periodo; 1822-1827* (Lima: F. Oberti, 1870-1874); Benjamín Vicuña Mackenna, *La Revolución de la Independencia del Perú: 1809-1819* (Lima: F. Oberti, 1860). El ensayo de Germán Colmenares, *Convenciones contra la cultura*, contiene juicios y sugerencias de gran utilidad para el estudio comparativo de estas obras.

46. Mariano Torrente, *Historia de la Revolución de Hispano-América* (Madrid: L. Amarita, 1829).
47. El último trabajo histórico de Voltaire fue el *Essai sur les Moeurs*, publicado en Colmar en 1754.
48. Cfr. José Manuel Restrepo, *Autobiografía* (Bogotá: Editorial Incunables, 1985) 143-148.
49. A propósito de la historiografía norteamericana sobre la formación de la república, ver: Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History* (Nueva York: Norton and Company Inc., 1995).

excelente acogida entre los federalistas neogranadinos.⁵⁰ A pesar de su importancia en los debates de la Primera República, Restrepo no lo menciona en la *Historia*, silencio que proviene de la convicción entre los libertadores de que las instituciones federales eran inadaptables.⁵¹

[442]

Por otra parte, Restrepo pudo desenvolverse como historiador de la revolución colombiana sin los franceses. Todo indica que los libertadores prefirieron prescindir de la más comentada entre las revoluciones modernas y comprender la propia como patrimonio nacional de la república. Restrepo se formó como historiador en la lectura de obras accesibles, sin discriminación. Tomó lecciones de cronología de Enrique Flórez;⁵² discursos *modernos* de Feijoo;⁵³ la polémica borbónica del marqués de San Felipe;⁵⁴ la prosa *filosófica* de William Robertson sobre el ascenso y caída del Imperio Español.⁵⁵

-
50. Manuel de Pombo, *Constitución de los Estados Unidos de América según se propuso por la Convención tenida en Filadelfia el 17 de septiembre de 1787 y ratificada después por los diferentes estados con las últimas adiciones. Precedida de las actas de Independencia y Federación. Traducidas del inglés al español por el ciudadano Miguel de Pombo e ilustradas por él mismo con notas y un discurso preliminar sobre el Sistema Federativo* (Santa Fe de Bogotá: Imprenta Patriótica de Nicolás Calvo, 1811). Ver el estudio sobre la traducción y el *Discurso preliminar* de Pombo realizado por Merle E. Simmons, *La Revolución Norteamericana en la Independencia de Hispanoamérica* (Madrid: MAPFRE, 1992) 172-179. Simmons pondera en términos muy elogiosos la “calidad intelectual y literaria” tanto de la traducción como del comentario de Pombo, a su juicio los mejores existentes en lengua española hasta la fecha (1992).
 51. David Bushnell se refiere a la revolución de los Estados Unidos como “el modelo” y dedica un artículo a evaluar de qué manera ella fue discutida en la prensa colombiana de la década de 1820: “los usos del modelo: la generación de la Independencia y la imagen de Norteamérica”, *Revista de Historia de América* 82 (jul.-dic. 1976): 7-27. Bushnell cita numerosas referencias a los Estados Unidos, su revolución y su Constitución en diversos periódicos neogranadinos, acumulación de evidencia que subraya de manera enfática la ausencia de referencias similares en la obra de Restrepo. Sobre las reservas de los libertadores para con el “modelo” norteamericano, Bushnell sólo menciona al paso la conocida posición crítica de Bolívar.
 52. *Clave historial* (Madrid: s. n., 1743).
 53. *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes* (Madrid: 1753).
 54. *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su Rey Phelipe v el Animoso* (Ginebra: Matheo Garviza, 1729).
 55. *History of America*, 4ª ed. (Londres: W. Strahan, 1783).

Popurrí de lecturas que sirvieron para fortalecer convicciones de su época sobre el valor y la dignidad de la historia, no como modelos para escribir la revolución de una de las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

Por su parte, José Manuel Groot, autor de una *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, fue un apologista católico. Para él, Ranke fue “un escritor protestante”, Michelet un impío autor de ensayos contra los jesuitas y Renán un filólogo herético. En la conclusión de *Convenciones contra la cultura*, Colmenares preguntaba si era posible recuperar el sentido de la historia latinoamericana en las obras del siglo XIX. Ciertamente que no. Lo deseable es estudiarlas históricamente en el seno de un proyecto amplio de historia cultural.

[443]

Historias y cultura

Colmenares discutió las historias latinoamericanas del siglo XIX en términos de cultura. Los lectores aceptarán que *cultura* es una palabra con diversos significados, desde la cría de peces hasta el conjunto fluido de símbolos compartidos por un grupo humano, negociados de manera más o menos creativa por cada individuo de la comunidad. La palabra también se utiliza para referirse a las creaciones de Beethoven, la Semana Santa en Filipinas, las fotografías de *Vogue*, las novelas de Fernando Vallejo o las historias latinoamericanas del siglo XIX. En los últimos años, la palabra cultura también ha sido utilizada para referirse a prácticas de todo tipo, desde las políticas hasta las del subdesarrollo (cultura política, cultura del subdesarrollo).

Una acepción menos explorada de la palabra *cultura* es la de forma especializada de trabajo (me refiero de manera restringida a la cultura escrita). Trabajo cuyo fruto son objetos destinados a la apreciación y asimilación por parte de otros individuos, en su mayor parte especializados en otras cosas, y a su recreación por parte de colegas. Este tipo de asimilación se ilustra con frases como “he leído a Onetti”. La recreación es paráfrasis, asimilación o respuesta irónica, como cuando Fernando Botero reduce e infla próceres en pose ecuestre.

Germán Colmenares concluyó que las historias del siglo XIX constituyen convenciones contra la cultura. Si las obras de Mitre o Alamán no fueran obras de cultura, quedarían marginadas de la cultura posterior, de las historiografías nacionales, la rebeldía de los modernistas, las síntesis de los americanistas del medio siglo XX, las referencias recurrentes entre los escritores del *boom*, de nuestra educación y cultura contemporáneas. En suma, nos serían ajenas. Éste no es el caso. Ellas han hecho y siguen ha-

[444]



FIGURA 2
Carátula de la primera edición
de la obra *Convenciones contra
la cultura*, publicada en 1987.

ciendo parte activa de la cultura en todos los países de América Latina. Las estudiamos en el colegio; nos servimos de ellas cuando hablamos en tono épico de Bolívar, Maipú o Martí; las vemos citadas en novelas, películas y en la televisión; recurrimos a ellas cuando pensamos en nosotros mismos como miembros de una sociedad nacional. Las historias del siglo XIX no son convenciones contra la cultura; son, sencillamente, cultura.

Qué tan buena cultura sean es otro problema. No tiene sentido preguntar qué tan bueno es el *Cantar del Mío Cid*. Hace poco más de un siglo los académicos proclamaban que la impresión de Monet ante un sol naciente no era arte; medio siglo después, únicamente Hitler se atrevió a decir algo parecido sobre las pinturas de Kokoschka. Las historias de Burckhardt son cultura histórica, tanto como las de Braudel. Las historias latinoamericanas del siglo XIX son, sencillamente, cultura. Como tal fueron concebidas, escritas, impresas, vendidas, leídas, enseñadas, citadas y reimpresas en todos los países de América Latina, desde México hasta la Argentina. Como obras de cultura, han influido en la cultura de las generaciones sucesivas, incluida la presente (el ensayo de Colmenares y este artículo responden a ellas).

Antes de Colmenares, el último diálogo fructífero con la propia tradición

del siglo XIX fue entablado por los escritores del llamado *boom* literario latinoamericano. Colmenares alude a esto cuando escribe que en sus novelas “evocaciones reconocibles como personajes o situaciones históricas surgen como un fondo de pesadilla en los flujos de conciencia de los actores”.⁵⁶ Sin embargo, prestó atención sólo a un aspecto de este diálogo cuando agregó que “las *historias patrias*, con toda su seriedad acartonada, brindan un fácil blanco a la ironía”. Abunda la ironía en el *boom*, pero no es ella la que da su fuerza a *El general en su laberinto*, sino más bien la devoción; no son irónicos (aunque sí de pesadilla) los pasajes sobre Lavalle en *Sobre héroes y tumbas*, que sugieren orígenes remotos al mal de Alejandra y la redención de Martín; no es irónica la reescritura de *Los sertones* de Da Cunha por parte de Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*, sino más bien un tributo. ¿Son irónicos Carpentier y Onetti? Probablemente, pero ¿quién calificaría de irónicas las inquietudes de José María Arguedas, Miguel Ángel Asturias o Ciro Alegría? La ironía es tan sólo uno entre los diversos tonos que sostuvieron los mejores novelistas latinoamericanos del siglo XX cuando interpellaron las historias del XIX.

[445]

Por supuesto que la metáfora de Borges sobre la vida como un tablero de ajedrez compuesto de noches negras y días blancos es más memorable que su *Diálogo de muertos* entre Quiroga y Rosas. Sin embargo, más que sus nociones estéticas, la característica más ampliamente compartida por los novelistas latinoamericanos fue la presencia acuciante de la nacionalidad en su imaginación. En José María Arguedas existe el Perú; García Márquez rebosa de Caribe, sin olvidar a Colombia; Octavio Paz escribió ensayos sobre el significado de la voz en *México*; Sábato aún se conduce por Argentina en su casa de Santos Lugares; en las narraciones de Borges, la recurrencia de su país es tan frecuente como la de dios. Incluso Onetti, en obra tan ajena “al país” como *Dejemos hablar al viento*, incluye una divagación sobre Artigas, aunque lo llame Latorre y sitúe la alusión en un diálogo de sordos: Medina y Barrientos conversan sobre el país mientras maquinan sus deseos más inmediatos.⁵⁷

56. Cfr. Colmenares, *Convenciones* 17.

57. Juan Carlos Onetti, *Dejemos hablar al viento* (Madrid: Espasa-Calpe, 1999). En el capítulo 26, el inspector Medina le pregunta a Barrientos, dueño de un bar, si no cree que Latorre (Artigas) era dios. Éste responde: “Latorre era un hijo de perra, un ladrón, un gaucho bruto, como fueron todos ellos. Vea la fortuna que dejó, las leguas que fue comprando por centavos o por prepotencia mientras luchaba por la libertad y la patria”.

[446]

Mínimo común, entiéndase bien. Es conocida la ironía de Borges con respecto a la idea de América Latina, en ninguna parte más evidente que en su relato “Guayaquil” (en *El informe de Brodie*). Y no se hable del desprecio malsano de Cortázar ante la obra de José María Arguedas. También es cierto que Onetti cultivó el nihilismo y que la mayor parte de los escritores del sur gustaban de imaginar una galería subterránea que unía la Pampa con París. El dilema parece estructural entre nosotros: a una cohorte de modernos, sigue otra de americanistas; al indigenismo, la burla; al populismo, los neo-liberalismos. Con todo, una columna sostuvo el peso de la cultura escrita latinoamericana durante cinco generaciones, digamos entre 1810 y 1980: la operatividad del concepto de nación (intercambiable para nuestros propósitos con el de patria). Durante casi dos siglos fue pertinente el uso de estas nociones en alocuciones públicas, conversaciones privadas, prensa, obras de historia, literatura o sociología. Recuérdense en Colombia las descripciones botánicas de la Expedición, las memorias geográficas del *Semanario*, los ensayos de economía política de los hermanos Samper, los escrutinios y las disertaciones de López de Mesa, las historias patrocinadas por la Academia Colombiana de Historia y las metáforas de García Márquez.

Hasta hace una generación era importante para los lectores “comprender el país” entre las líneas de *Cien años de soledad*, desentrañar una sociología urbana en *Sobre héroes y tumbas* o pensar con *Pedro Páramo* en el campesino latinoamericano. Ya no están a la orden del día estas interpretaciones. Hoy estamos a la expectativa de nuevas grandes obras, como cuando García Márquez escribía *Ojos de perro azul* y los novelistas colombianos eran Zalamea Borda, Caballero Calderón y el joven Manuel Mejía Vallejo. Hoy, los diálogos entre autores y lectores versan sobre fragmentos, con novedosa maestría. Piénsese en los amores urbanos de Abad Faciolince o en los artículos del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. El diálogo sobre la nación terminó en la década de 1980 y en su lugar se instaló la fragmentación.

Fragmentación que ha sido confundida con nuestra “posmodernidad”. No es otra cosa que la caducidad de nuestras concepciones de la nación, fragmentadas hoy en *problemas*, *temas* y silencios. Como es inevitable, este fenómeno no procede del europeo; es propio y tiene su propia historia. Lo hemos interpretado sin autonomía, pues adoptamos con prontitud explicaciones brillantes de fenómenos ajenos. Nos preguntamos por el nacionalismo en las repúblicas latinoamericanas y nos maravillamos con el descubrimiento de los patriotas coloniales por parte de Benedict Anderson ¡en 1982! Con-

cluimos con Gellner que en México no había nacionalismo en 1910 porque dentro de sus fronteras no se había desarrollado una sociedad industrial, aunque sabemos que México es un país, no un tipo ideal. O concluimos que en América Latina no existe una tradición cultural propia porque nos hemos limitado a copiar formas y temas europeos.

El origen de la fragmentación no está en la “disolución de la realidad objetiva”, como se ha proclamado en Europa (lo que es falaz, pues no es con este paradigma que funcionan sus bancos, universidades, el parlamento, la OTAN, las tarifas ni la policía). Entre nosotros se disolvió la idea y la operatividad de la nación, único meta-relato que habíamos construido. En América Latina no inventamos las *tradiciones* (hoy “meta-relatos”) que en las últimas tres décadas han sido cuestionadas en Europa. La tradición filosófica, los paradigmas de las ciencias, los cánones de las artes no fueron acuñados en América Latina. En su lugar, produjimos nacionalismos y la herramienta más eficaz en su confección fue la historia, género que no es patrimonio de nadie, como no lo son el alfabeto ni la agricultura. Ilustrados ingleses y románticos franceses escribieron historia con el mismo derecho y recursos equivalentes que el mestizo Gracilazo, el jesuita Clavijero, el patriota Restrepo o el ultramontano Groot.

[447]

Hace poco más de un siglo, hombres como Rubén Darío, José Asunción Silva y José Enrique Rodó levantaron el puño contra el siglo XIX. Contra los *modernistas* se levantaron *americanistas*; hombres como Leopoldo Zea, Germán Arciniegas y Luis Alberto Sánchez. Los primeros restallaron su látigo contra las certezas muertas del siglo XIX; los segundos, expuestos al narcisismo europeo, se sintieron compelidos a justificarse. Una generación más tarde, los *nuevos historiadores* se rebelaron contra la historia sacralizada de las academias y contra el preciosismo y los privilegios de los americanistas. La nueva historia fue un martillazo a la estatua de yeso y en pedazos siguen cayendo por tierra las viejas concepciones.

Las nuevas historias constituyen los movimientos culturales que más han contribuido a la obsolescencia de la idea de nación y a la fragmentación de la cultura en América Latina. Aún no tenemos nueva literatura, aunque sí nuevos escritores. No hacemos nueva filosofía. Tenemos algo de cine, pero el nuevo cine sigue en ciernes. En Colombia el teatro es, en buena medida, el festival bienal de Bogotá, que es internacional y en ello tiene su mayor virtud. La nueva historia, aunque no se lea ni se enseñe por fuera de las universidades, sí tiene el espíritu de cuerpo de una escuela. Bajo nombres diferentes y con diverso grado de consolidación, todos los países

latinoamericanos tienen su nueva historia. En las últimas cuatro décadas ellas han desplegado ricos abanicos de temas, mas, inmersas en el remolino de la fragmentación, olvidaron que la nación puede ser un tema más. A esto me refiero en la siguiente sección.

Historias y nación

[448]

Uno de los gestos fundacionales de las nuevas historias fue dar la espalda a las obras del siglo XIX, nacionalistas por vocación. La mayor parte de los historiadores que escribieron en ese siglo, desde Servando Teresa de Mier hasta Diego Barros Arana, se propusieron crear discursos nacionales en forma de historias. La pregunta por las naciones pasó a mejor vida con el advenimiento de las nuevas historias y nos quedamos con las viejas elaboraciones, que utilizamos a discreción por fuera de la universidad. Hacemos bien en no entusiasmarnos demasiado con la grandeza de Colombia anunciada por Restrepo o la excepcionalidad argentina compuesta por Mitre. El problema es que no tenemos mucho más.

En América Latina gozamos y sufrimos de una paradójica estabilidad en nuestra identidad, resultado de la existencia relativamente larga y continua de nuestras unidades territoriales. A esta estabilidad se agrega la convicción de una fulgurante grandeza en el momento de la independencia. La desilusión, decantada a lo largo del periodo republicano, ha agregado la noción de que nuestros países son dependientes y subordinados en el concierto internacional. Hay una buena medida de realismo en ello y contamos con rasgos culturales que nos ayudan a sobrellevarlo. Otro de nuestros rasgos es que, a diferencia de Europa occidental, en América Latina no competimos por sobrepujar a Roma.⁵⁸ El efecto neto de estas convicciones es un terreno poco fértil para la reflexión sobre nosotros mismos. Satisfechos con tibios mitos originarios, cómodos en la subordinación, nos faltan los alicientes para interpretarnos.

La reflexión sobre *nosotros*, en tanto que miembros y partícipes de órdenes nacionales, supone un estudio con perspectiva histórica. En América Latina, estos órdenes nacionales fueron representados y divulgados por

58. Las historiografías europeas aún operan según la lógica del hipódromo. En *The Art of Conversation* (Cambridge: Basil Blackwell, 1993), Peter Burke rebate la noción común de que la *conversación* nació en los salones parisinos del XVIII, y pasa a demostrar que también la hubo en su país, Inglaterra, desde el siglo XVII. Philippe Ariès descubrió que la infancia es francesa, siglo XVII, y una corriente menor asegura lo propio del amor.

primera vez en las historias del siglo XIX. Las discusiones de las décadas de 1980 y 1990 sobre el nacionalismo pueden servir para ilustrar algunos efectos del abandono de este tipo de estudios por parte de las nuevas historias latinoamericanas. En aquellas discusiones, sostenidas en universidades europeas y norteamericanas, América Latina jugó un papel un tanto sorprendente. En 1983, Benedict Anderson, un experto en Indochina, publicaba *Imagined Communities* y en su segunda edición incluía un capítulo *novedoso* sobre “Patriotas criollos”. Ahora bien, los patriotas criollos circulaban desde siglos en lengua española, desde Madrid hasta Buenos Aires. Eran tan bien conocidos que David Brading se dedicó a demostrar que no fueron nacionalistas sino tan sólo patriotas. En “Nationalism and State-Building in Latin American History”, Brading explica que las ideologías de liberación en las repúblicas hispanoamericanas fueron prestadas de Francia, sus límites territoriales legados por el Imperio y en ellas lo que ocurrió fue una mezcla de liberalismo importado y patriotismo criollo, con algo de republicanism clásico. Brading agrega que el tema “todavía requiere de mucho más análisis y discusión”. Así es, en efecto.⁵⁹

[449]

Las ideas de José Manuel Restrepo en su *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, de 1827, no fueron una paráfrasis de la “retórica bonapartista y republicana francesa”.⁶⁰ El historiador no se sirvió de los valores universales de la Ilustración como justificación de la independencia de España, sino que los puso en cuestión en su intento por dar autonomía a la nación colombiana. Restrepo no se fió de los “viejos temas del patriotismo criollo”, toda vez que, a diferencia de México o Perú, no existieron grandes imperios indígenas en territorio colombiano de los cuales derivar una retórica étnica de la independencia. El historiador sí recurrió a los valores del liberalismo y del republicanism pero los adaptó a lo que pensó que era el caso particular colombiano. Más aún, en la *Historia de la Revolución* se critican los temas corrientes en las revoluciones del siglo XVIII, utilizados por los primeros patriotas (1810-1816), y se desarrollan temas que han persistido como el tenue patrimonio nacionalista del ciudadano colombiano.

Cuando Restrepo escribió su *Historia de la Revolución de la República*

59. David Brading, “Nationalism and State-Building in Latin American History”, *Wars, Parties and Nationalism: Essays of the Politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*, ed. Eduardo Posada Carbó (Londres: Institute of Latin American Studies, 1995).

60. Cfr. José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia* (París: Librería Americana, 1827) 98.

[450]



FIGURA 3

“Sarmiento en el destierro”, Dibujo de Rawson. Tomado de: Jorge Myers, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y la política argentinas”, *Nueva historia argentina*, vol. 2 (Buenos Aires: Sudamericana, 1998) 413.

de Colombia, entre 1820 y 1825, incluyó una vigorosa crítica contra la generación que presidió sobre la Primera República.⁶¹ Criticó la administración, la política y la guerra dirigidas por sus predecesores. En contraste, imprimió el sello de Bolívar a la república definitiva, que propuso como guía de los hombres públicos y modelo de ciudadanos. En sentido general, la argumentación de Restrepo constituye una crítica de los valores de la Ilustración que informaron a la Primera República y eleva dos características que ve madurar en la Segunda: una nueva cultura revolucionaria y administrativa, capaz de construir un Estado central eficiente; y la capacidad y disposición para practicar la guerra.

El federalismo y la imitación del orden constitucional norteamericano quedaban fuera de toda consideración. Los viejos hábitos aristocráticos de gobierno, propios de los patricios de Santa Fe, debían ser abolidos. Ninguna soberanía provincial se interpondría al Estado central. Los funcionarios serían hombres nuevos, educados en la revolución, a diferencia de hombres como Camilo Torres, hijos del Imperio. La verdadera Ilustración neograna-

61. La siguiente discusión es tomada del segundo capítulo de la citada tesis doctoral del autor, “La crítica de José Manuel Restrepo a la Primera República: pre-requisito de un discurso nacional para Colombia”.

dina empezó en 1819, con la administración pública y el arte de la guerra, logros que permitieron la apropiación del país, a diferencia de lecciones botánicas y matemáticas de efectos inciertos. Estas nociones trascienden tanto el republicanismo del siglo XVIII como el viejo patriotismo criollo de Brading. Restrepo sí utilizó las doctrinas de la Ilustración europea –él mismo fue un ilustrado– mas no se limitó a ellas. El mensaje nacional que Restrepo transmitió a sus lectores no fue un “hijo de la modernización”, como lo prevé Ernest Gellner,⁶² sino resultado inmediato de la revolución. El estudio de las nacionalidades latinoamericanas está a la orden del día ahora que ha perdido su monopolio y en él las historias del siglo XIX tienen el papel de fuentes especiales.

[451]

Tradiciones culturales. Conclusión

Jorge Orlando Melo escribía en 1991 sobre la “imposibilidad de generar una *historia de Colombia* (...) pues la verdad única no es definible ni narrable y debemos aceptar una fragmentación de imágenes, una multiplicidad de perspectivas, métodos y visiones”.⁶³ Esta tolerancia y optimismo manifiesta la libertad intelectual conquistada por la nueva historia en Colombia y contrasta con la réplica de Jesús Antonio Bejarano, quien temió que la nueva historia perdía su rumbo.⁶⁴ Con todo, un rasgo esencial es común a ambos. Tanto Melo como Bejarano vieron en los estudios históricos la composición progresiva de una tela, un bordado de hilos de pasado que nos dará una imagen cada vez más completa de Colombia, su pasado, presente y futuro.⁶⁵ Para Melo, este tejido es de progresión impredecible; Bejarano intenta normalizarlo. Este rasgo es común a la mayor parte de los investigadores colombianos que empezaron sus publicaciones en los años sesenta y setenta

62. Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 1983).

63. Jorge Orlando Melo, “La historia: las perplejidades de una disciplina consolidada”, *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*. Ed. Carlos B. Gutiérrez (Bogotá: Uniandes, 1991) 43-55; reimpresso en *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas* (Medellín: Colección de Autores Antioqueños/ Editorial Marín Vieco, 1996).

64. Jesús Antonio Bejarano, “Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 24 (Bogotá, 1997): 283-329.

65. Jorge Orlando Melo, “Colombia: perspectivas”, *Gran Enciclopedia de Colombia* (Bogotá: Círculo de Lectores, 1991) 617-618; reimpresso en *Historiografía*.

y hoy son los decanos del pensamiento en el país. Basta mencionar publicaciones como *Colombia: hoy; perspectivas hacia el siglo XXI*, coordinado desde 1978 por Mario Arrubla y a partir de 1991 por Jorge Orlando Melo; y entre historiadores *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*.⁶⁶

[452]

Un punto de vista diferente puede contribuir a la historia cultural en América Latina y facilitar la generación, no de una, sino de muchas historias de Colombia y los demás países de la región. La historia nacional puede ser concebida como un tema más y no como sumatoria de todos los temas. Durante el último tercio del siglo XVIII, la Nueva Granada vivió el despertar de la descripción botánica y zoológica entre los miembros de la Expedición Botánica.⁶⁷ Al despuntar el siglo XIX, la geografía se les sumó y las tres conformaron una nueva sintaxis que sirvió a los neogranadinos letrados para representar su territorio y concebir los vínculos que los ligaban. Restrepo participó en este despertar bajo los auspicios de Francisco José de Caldas, quien incursionó en la historia con el *Diario Político de Santa Fe de Bogotá*. Los eventos de 1808 abrieron el camino a la escritura política en forma de *cartas y representaciones* y desde julio de 1810 en la prensa republicana. Escritos políticos que promovían consenso en la revolución, como en las piezas conocidas de Torres, Nariño y Miguel de Pombo. Ellas aún no ofrecen representaciones claras de la república, lo que sí sucedió cuando José Manuel Restrepo publicó su *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, en 1827. Entonces, los neogranadinos dispusieron de una representación de su territorio como unidad política con pasado, presente, futuro y un vínculo que los unía.

La obra de Restrepo se convirtió en referencia obligada de las siguientes representaciones históricas de Colombia y obra fundacional de su biblioteca nacional. Ella dio forma a la reciente pero caótica memoria de la revolución y la guerra y proveyó a historiadores venideros de una piedra angular. Sobre la senda abierta por ella fueron escritas las otras historias que no podían faltar a una *nación civilizada*: los orígenes, la Colonia, las artes, la literatura, la Iglesia, las ciencias, las constituciones, el ejército, las reminiscencias. Luego vinieron los manuales y la historia oficial, y tras ellos modernistas,

66. Bernardo Tovar, ed., *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 2 vols. (Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1994).

67. Tomada de la conclusión de Mejía, "Historia de la Revolución...".

americanistas, García Márquez y Germán Colmenares. En América Latina frecuentemente la interpretación y el pensamiento han dado paso al olvido prematuro. La historia cultural puede fortalecer nuestra capacidad de interpretación que, enferma de olvido, se debilita. En América Latina, la historia de la historia es el nervio de este proyecto, pues las historias del siglo XIX dejaron una impronta generalizada que aún resiste a la justa rebeldía de las últimas cuatro décadas.

[453]

OBRAS CITADAS

I. Revistas

Historiografía y bibliografía americanistas [Sevilla, España] 1954.

Historiografías [México] 1960.

Revista Atenea [Concepción, Chile] 1949.

Revista de Historia de América [México] 1940-1990.

Revista Nueva Historia [Londres, Inglaterra] 1981, 1988, 1989.

II. Libros

Acevedo, Edberto Óscar. *Manual de historiografía hispanoamericana contemporánea*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1992.

Appleby, Joyce; Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*. Nueva York: Norton and Company Inc., 1995.

Arango Londoño, Manuel. *Germán Colmenares: historia e historiografía*. Medellín: Todográficas, 1997.

Bacallar y Sanna, Vicente. *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su Rey Phelipe v el Animoso*. Ginebra: Matheo Garviza, 1729.

Baralt, Rafael María y Ramón Díaz. *Resumen de la historia de Venezuela*. París: H. Fournier, 1841.

Barba, Francisco Esteve. *Historiografía indiana*. Madrid: Gredos, 1992.

Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Santiago de Chile: R. Jover, 1884-1902.

Becerra, Ricardo. *Cuestión palpitante: un poco de historia a propósito de la Independencia de Cuba y Puerto Rico y la doctrina Monroe*. Caracas: Tipografía Moderna, 1898.

Bejarano, Jesús Antonio. "Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 24 (Bogotá, 1997): 283-329.

- [454] Brading, David. "Nationalism and State-Building in Latin American History". *Wars, Parties and Nationalism: essays of the Politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*. Ed. Eduardo Posada Carbó. Londres: Institute of Latin American Studies, 1995.
- Breisach, Ernest. *Historiography: Ancient, Medieval and Modern*. Chicago: University of Chicago Press, 1983.
- Brungardt, Maurice P. "Latin America: National (since 1810)". *Encyclopaedia of Historians and Historical Writing*, vol. 1. Ed. Kelly Boyd. Londres: Fitzroy Dearborn, 1999.
- Buisson, Inge, Günter Kahle, Hans-Joachim König y Horst Pietschmann, eds. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*. Bonn: Inter Naciones, 1984.
- Bulnes, Gonzalo. *Últimas campañas de la Independencia del Perú: 1822-1826*. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.
- Burke, Peter. *The Art of Conversation*. Cambridge: Basil Blackwell, 1993.
- Bushnell, David. "Los usos del modelo: la generación de la Independencia y la imagen de Norteamérica", *Revista de Historia de América* 82 (jul.-dic., 1976): 7-27.
- Bustamante, Carlos María. *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana de 1810*. Londres: Ackerman, 1827.
- Cañizares Esguerra, Jorge. *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- Carbia, Rómulo. *Historia crítica de la historiografía argentina: desde sus orígenes en el siglo XVI*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editorial Coni, 1940.
- Carbia, Rómulo. *La crónica oficial de las Indias Occidentales: estudio histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano América en los siglos XVI a XVIII*. Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires, 1940.
- Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas: Instituto de Antropología e Historia/ Universidad Central de Venezuela, 1969.
- Carrera Damas, Germán. "Para una caracterización de la historiografía venezolana actual". *Historia de la historiografía venezolana: textos para su estudio*. 3 vols. Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Ediciones de la Biblioteca, 1996.
- Carrera Damas, Germán. "Los estudios históricos en Venezuela". *Cuestiones de historiografía venezolana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Ediciones de la Biblioteca, 1964.

- Cavallini, Ligia. "La Independencia de Costa Rica". *Estudios de historiografía americana*. México: El Colegio de México, 1948.
- Chinchilla Aguilar, Ernesto. *Alejandro Marure: historiador de la Independencia de Guatemala*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1966.
- Colmenares, Germán. *Convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1987.
- Colmenares, Germán. "La batalla de los manuales en Colombia". *Historia y Espacio* 15 (Cali, abr. 1994): 87-99.
- Colmenares, Germán. "La Historia de la Revolución de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica". *La Independencia: ensayos de historia social*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Cosío Villegas, Daniel. *La nueva historiografía política del México moderno*. México: El Colegio Nacional, 1966.
- De Certeau, Michel. "La operación histórica". *Hacer la historia*. 1ª ed. 1974. Ed. Jacques Le Goff y Pierre Nora. Barcelona: Laia, 1984.
- De Mendiburu, Manuel. *Diccionario histórico-biográfico del Perú*. Lima: J. Francisco Solís, 1874-1890.
- De Mier Noguera y Guerra, Fray José Servando Teresa. *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*. 1ª ed. en inglés 1813. París: Universidad de la Sorbona, 1990.
- De Pombo, Manuel. *Constitución de los Estados Unidos de América según se propuso por la Convención tenida en Filadelfia el 17 de septiembre de 1787 y ratificada después por los diferentes estados con las últimas adiciones. Precedida de las actas de Independencia y Federación. Traducidas del inglés al español por el ciudadano Miguel de Pombo e ilustradas por él mismo con notas y un discurso preliminar sobre el Sistema Federativo*. Santa Fe de Bogotá: Imprenta Patriótica de Nicolás Calvo, 1811.
- Encina, Francisco Antonio. "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena". *Revista Atenea* 26.291-292 (Concepción, sep.-oct. 1949): 27-68.
- Escobar Peñaloza, Félix. "Breve esquema de la historiografía mexicana". *Anuario de Historia* 6-7 (México, 1966-1967): 103 y ss.
- Feijoo y Montenegro, Fray Benito Jerónimo. *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*. Madrid: s. n., 1753.
- Feliú Cruz, Guillermo. "Andrés Bello y la historiografía chilena". *Mapocho* 12.3, tomo 4 (Santiago de Chile, 1965): 231-263.

- [456] Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Montfort. *Historiadores de México en el siglo XX*. México, FCE, 1995.
- Flórez, Enrique. *Clave historial*. Madrid: s. n., 1743.
- Fueter, Edward. *Historia de la historiografía moderna*. 1ª ed. en alemán 1911. Buenos Aires: Nova, 1953.
- García Icazbalceta, Joaquín. *Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México: estudio biográfico y bibliográfico*. México: Andrade y Morales, 1881.
- Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*. Oxford: Oxford University Press, 1983.
- Gooch, G. P. *Historia e historiadores en el siglo XIX*. 1ª ed. en inglés 1913. México: FCE, 1942.
- Halperin Donghi, Tulio. *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996.
- Henaó, Jesús María y Gerardo Arrubla. *Compendio de la historia de Colombia para la enseñanza en las escuelas primarias de la República*. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1911.
- Iglesia, Ramón, coord. *Estudios de historiografía de la Nueva España*. México: El Colegio de México, 1945.
- Jaramillo Uribe, Jaime, dir. *Manual de historia de Colombia*. Vol. 1. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- López, Vicente Fidel. *Historia de la República argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*. 10 vols. Buenos Aires: Roldán, 1916.
- Mariátegui, Francisco Javier. *Anotaciones a la historia de Paz-Soldán*. Lima: Imprenta Nacional, 1869.
- Mejía, Sergio. “La Historia de la Revolución de la República de Colombia de José Manuel Restrepo: 1781-1863”. Tesis de doctorado, Universidad de Warwick, 2004.
- Mejía, Sergio. “La Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, de José Manuel Groot: 1800-1878”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, laureada en 2004.
- Melo, Jorge Orlando. *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas*. Medellín: Colección de Autores Antioqueños/ Editorial Marín Vieco, 1996.
- Melo, Jorge Orlando. “Colombia: perspectivas”. *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Círculo de Lectores, 1991.
- Melo, Jorge Orlando. “La historia: las perplejidades de una disciplina consolidada”. *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*. Ed. Carlos B. Gutiérrez. Bogotá: Uniandes, 1991.
- Mitre, Bartolomé. *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*. 3 vols., 3ª ed. Buenos Aires: Ediciones Félix Lajouane, 1876.

- Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. 4 vols., 2ª ed. Buenos Aires: Ediciones Félix Lajouane, 1890.
- Morales Padrón, Francisco, coord. *Bibliografía básica sobre historia de América*. Sevilla: s. n., 1975.
- Nora, Pierre. "La historia de Francia de Lavissee". *La historiografía francesa contemporánea*. Eds. N. Pagano y P. Buchbinder. Buenos Aires: Cátedra, 1993.
- Onetti, Juan Carlos. *Dejemos hablar al viento*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999.
- Paz-Soldán, Mariano Felipe. *Historia del Perú independiente: segundo periodo; 1822-1827*. Lima: F. Oberti, 1870-1874.
- Potash, Robert A. "Historiografía del México independiente". *Historia Mexicana* 10.39 (ene.-mar. 1961).
- Quattrocchi-Woisson, Diana. *Los males de la memoria: historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1995.
- Restrepo, José Manuel. *Autobiografía*. Bogotá: Editorial Incunables, 1985.
- Restrepo, José Manuel. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. París: Librería Americana, 1827.
- Restrepo, José Manuel. *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. Besanzon: Imprenta de José Jacquin, 1858.
- Robertson, William. *History of America*. 4ª ed. Londres: W. Strahan, 1783.
- Roig Leuchsenring, Emilio. *Cuba no debe su Independencia a los Estados Unidos*. La Habana: La Tertulia, 1950.
- Silva, Renán. *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: una comunidad de interpretación*. Medellín: Banco de la República/ EAFIT, 2002.
- Simmons, Merle E. *La Revolución Norteamericana en la Independencia de Hispanoamérica*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Soto, Juan Bautista. *Causas y consecuencias: antecedentes diplomáticos y efectos de la guerra hispanoamericana*. San Juan de Puerto Rico: La Correspondencia de Puerto Rico, 1922.
- Tirado Mejía, Álvaro y Jaime Jaramillo Uribe, dirs. *Nueva Historia de Colombia*. 12 vols. Bogotá: Planeta, 1989.
- Torrente, Mariano. *Historia de la Revolución de Hispano-América*. Madrid: L. Amarita, 1829.
- Tovar, Bernardo. *La Colonia en la historiografía colombiana*. Medellín: ECOE, 1990.
- Tovar, Bernardo, ed. *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. 2 vols. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1994.

[457]

- [458] Velandia, Roberto. *Un siglo de historiografía colombiana: cien años de la Academia Colombiana de Historia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2001.
- Veyne, Paul. *Comment on Écrit l'Histoire*. París: Seuil, 1971.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *La Revolución de la Independencia del Perú: 1809-1819*. Lima: F. Oberti, 1860.
- Villalobos, Sergio. "Introducción para una nueva historia". *Historia del pueblo chileno*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Humanísticos, 1980.
- Wasserman, Fabio. "Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata: 1830-1860". Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2004.
- Wasserman, Fabio. "Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la generación del 37". *Cuadernos del Instituto Ravignani* 11 (Buenos Aires, 1996).
- Wilgus, Curtis. *Histories and Historians of Hispanic America*. Nueva York: The H. W. Wilson Publishing, 1942.
- Wilgus, Curtis. "The Histories of Hispanic America: a Bibliographical Essay". *Bibliographic Series* 9 (Washington, 1932).
- Williams, Raymond. *El teatro de Ibsen a Brecht*. Barcelona: Península, 1975.
- Zavala, Silvio, coord. *Estudios de historiografía americana*. México: El Colegio de México, 1948.